

ciones de que su amigo habia sido víctima; y pensar en que él pudiera dar nunca un paso en oposicion con aquellos sentimientos, era pensar un absurdo.

Contando Comonfort con aquel cuerpo de ejército, tan adicto á su persona, tan pundonoroso y leal, no es extraño que fundára en él la lisonjera esperanza de realizar con su apoyo hasta los mas atrevidos pensamientos, tratandose de sostener el plan que aquellas mismas tropas habian proclamado. Concibió pues el proyecto de marchar con el grueso de ellas al interior de la República en busca de los coligados, dejando con el resto al general Zuloaga en la capital para mantener el orden; y empezó con actividad á hacer los preparativos de aquel viage, creyendo firmemente que él daría por resultado la solucion pacífica de todas las dificultades pendientes.

No carecia de fundamento esta esperanza. Los principales hombres de la coalicion eran hombres ilustrados, que rechazaban el movimiento de la capital, porque le consideraban como un paso al despotismo, y defendian la constitucion porque les habia parecido conveniente oponer el orden legal á lo que miraban como un desorden revolucionario; pero en realidad su principal objeto era impedir que el antojo de un gobernante atropellára la libertad del pueblo, apoyado en la fuerza armada. Hábilos sorprendido el pronunciamiento, oscurecido con un nombre odioso, y pintado como una alevosía semejante á la de todos los tiranos, y se habian levantado contra él con una

indignacion generosa; pero era fácil que cambiaran de opinion, cuando se les hicieran sobre el caso francas y satisfactorias esplicaciones. La constitucion les servia de bandera, pero no estaban preocupados en favor de aquel código cuyos defectos reconocian. Doblado habia estado en la capital pocos dias antes, cuando los rumores de un golpe de Estado eran el asunto de todas las conversaciones; y aunque se habia espresado contra toda medida violenta, habia declarado tambien terminantemente que si por las vías legales no se podia lograr la reforma de la constitucion, seria preciso intentarlo por cualquiera otro medio, porque con ella no era posible gobernar, ni defender la libertad contra sus enemigos. Del mismo modo exactamente pensaba el general Parrodi, que lo habia manifestado así con la franqueza propia de su carácter, y con el derecho que le daban á espresarse libremente en aquella cuestion, los brillantes servicios que á la causa popular habia prestado. Y en el mismo sentido estaban por último todos los hombres de prestigio y de saber, que mas figuraban en los consejos de la liga.

Siendo tales los caracteres de aquella coalicion, y tales los sentimientos de los hombres que la sostenian, es casi seguro que la presencia de Comonfort en aquellos Estados habria producido un avenimiento. El les habria osplidado las razones de su conducta, la sinceridad de sus promesas y sus leales propósitos; y ellos habrian dado crédito al hombre de Acapulco, de Zapotlan y de Puebla, persuadiendose de que no podia ser el matador de la libertad

quien tanto habia hecho por ella, y quien lidiando por ella habia glorificado su nombre. Les habria representado los peligros de la patria, y la necesidad de hacer por ella cualquier sacrificio, como él le habia hecho esponiéndose á pasar por traidor y alevoso para salvarla; y ellos se habrian prestado á buscar despreocupadamente la manera de poner un término á la discordia. Comonfort se habria estrechado la mano con sus antiguos compañeros; sus soldados y los de la coalicion se habrian abrazado como hermanos; y juntos bajo una sola bandera, habrian formado una falange invencible, ante la cual habrian sucumbido los reaccionarios y los trastornadores.

Tales fueron las esperanzas que brotaron en cuanto se anunció la espedicion; pero mas grandes que estas esperanzas fueron los temores que los reaccionarios de la capital concibieron de que no habian de ser otros los resultados de aquel viage, en cuyo caso estaban perdidos. Aguijoneados por este riesgo, hicieron esfuerzos desesperados para evitarle, pusieron en juego todos sus recursos, trabajaron con ardor en el terreno que tenian ya ventajosamente preparado, apelaron á los poderosos medios de seduccion de que disponian, y lograron por fin anticiparse con un golpe inesperado, á una entrevista de la cual no podia menos de resultar la ruina de su causa.

Ya Comonfort habia conseguido los fondos necesarios para aquella espedicion: ya habia dictado las medidas convenientes para que se conservára el orden en la capital

durante su ausencia; ya estaba preparado y arreglado todo, y aun señalado el dia de la marcha, cuando el 11 de Enero de 1858 amanecieron las tropas pronunciadas otra vez, y ocupando en actitud hostil la Ciudadela, San Agustin, Santo Domingo y otros edificios de la ciudad, apropósito para puntos militares.

La brigada Zuloaga se habia pronunciado nuevamente, desconociendo á Comonfort, "por no haber correspondido á la confianza que en él se habia depositado," y nombrando gefe del nuevo movimiento á su propio general en gefe, á D. Félix Zuloaga.

Acompañaban á las tropas en sus posiciones, infinitos gefes y oficiales de los que habian tomado parte en las revoluciones anteriores contra el gobierno, y que vivian ocultos en la capital ó en sus cercanías: todos los partidarios de la reaccion salian á la calle con ademán de triunfo, y se dirigian á los cuarteles, y se entregaban á demostraciones de gozo y de fraternidad con los pronunciados: veianse en fin señales patentes de que el pronunciamiento de la brigada Zuloaga era un pronunciamiento esencialmente reaccionario, lo mismo que los de Zacapoaxtla, de Puebla y de San Luis.

En cuanto supo esto Comonfort, pidió sus armas, bajó al patio principal de Palacio, preguntó por la gente que le habia quedado fiel, se situó en una de las oficinas bajas del edificio; y allí, como un general en su tienda de

campana, se preparó á combatir por la libertad de su pais, mostrando en su semblante y en sus palabras tal serenidad y tal firmeza, que puso admiracion en cuantos lo vieron. Aquel hombre, al descender por las escaleras del Palacio, armado para lidiar contra la reaccion como en los dias de su gloria; al abandonar aquellos salones donde por espacio de un mes le habian atormentado la falsedad, la intriga y el dolo, para ir á defender franca y osadamente como en otro tiempo su causa y sus principios, pareció engrandecerse y se sintió como regenerado. "Aquel acontecimiento, dice él, (\*) era una nueva dificultad en la serie interminable de las que habian embarazado mis pasos; y sin embargo yo respiré con él, como quien se siente libre de una carga pesadísima que le abrumba. Mi posicion desde el 17 de Diciembre, habia sido penosísima, no porque hubiera yo vacilado nunca en ella, sino porque interpretandola cada uno á su antojo, pocas interpretaciones podian serme favorables, estando tan enconadas las pasiones en aquellos dias. Pero desde el 11 de Enero mi posicion estaba ya tan clara como la de mis enemigos, porque el pronunciamiento, llevando á cada uno á su campo y entregandole su bandera, habia dado á cada cual el papel que le correspondia: á ellos lidiar por el despotismo; á mí defender la libertad. Al declararme la guerra, la reaccion me conocia mejor y me hacia mas justicia que los coligados: la primera sabia que mis

En el Manifiesto de New York.

"sentimientos, mi nombre, y mi vida estaban identificados con la causa de la libertad, del progreso, y de la reforma, mientras que los segundos me ofendian suponiéndome capaz de hacer causa comun con los partidarios de la tiranía, de los abusos y del retroceso."

En la mañana de aquel mismo dia se presentó en Palacio el general Zuloaga, y dió á entender que el movimiento se habia verificado á pesar suyo; pero Comonfort no le hizo reconvenccion alguna ni le pidió satisfacciones sobre un hecho cuyas causas eran bien conocidas. Corrió la voz de que estaba preso, y alguno de sus deudos fué á ver al Presidente para suplicarle que le soltara, porque él no tenia la culpa de lo que habia ocurrido. Comonfort respondió lacónicamente: "Yo no le tengo preso; puede irse cuando quiera." Zuloaga salió entonces del Palacio, donde habia pasado la mayor parte de la mañana, y se marchó á la Ciudadela á desempeñar su encargo de general en jefe del Ejército Regenerador, como se llamaron desde aquel dia las tropas pronunciadas.

Las que habian permanecido fieles al gobierno, eran bien pocas; apenas llegaban á dos mil hombres: doble número eran las de sus enemigos, los cuales contaban además con mayores recursos y elementos, como que se habian apoderado de la mayor parte de la artilleria, pertrechos y materiales de guerra que habia en la plaza.

Apesar de esto, Comonfort se resolvió á combatir aquel movimiento, obligado por la promesa que habia hecho pocos dias antes, al aceptar el plan de Tacubaya, de no permitir que un solo partido se hiciera dueño exclusivamente de los destinos de la nacion. Tenia confianza en sus esfuerzos, en el valor de los hombres que aun permanecian á su lado, y en las simpatías que habian escitado siempre sus proyectos conciliadores; y animábale tambien la esperanza de que irian en su auxilio las fuerzas de la coalicion, una vez que se trataba de sostener, como otras veces, la causa del progreso contra sus enemigos.

Pasáronse algunos dias en los preparativos que hicieron los de uno y otro bando para emprender la lucha que se anunciaba; y entretanto, cada uno de los dos iba engrosando sus filas con los refuerzos que llegaban de fuera, incorporandose á las del gobierno varias partidas de tropa que se hallaban en puntos cercanos á la capital, y uniendose á los pronunciados algunas guerrillas, que desde antes se habian levantado en las inmediaciones al grito de *religion y fueros*.

En uno de aquellos dias atravesaron las calles de la ciudad, pistola en mano y al galope, dos gallardos jóvenes, que pasando por cerca de las líneas del gobierno, fueron á parar al convento de Santo Domingo, y desde allí se trasladaron á la Ciudadela. La multitud corria tras ellos y los victoreaba, y en toda la línea de los pronunciados se echaban las campanas á vuelo en señal de rego-

cijo. Tenian razon para alegrarse, porque los recién llegados eran Osollo y Miramon, los dos paladines mas valientes con que siempre habia contado la revolucion conservadora. (\*)

La ciudad estaba aterrada con aquellos preparativos de guerra, y con los peligros de una batalla que iba á ensangrentar sus calles. El dia 15 se rompió el fuego por los pronunciados, y continuaron las hostilidades el 16. Aquellos eran los preludios de una gran calamidad para la poblacion, y la humanidad exigia que se hicieran esfuerzos para evitarla. Con este obgeto se celebró el mismo dia 16 un armisticio de cuarenta y ocho horas, en cuyo tiempo se abrieron conferencias para procurar un arreglo pacífico y decoroso de la cuestion pendiente.

Nombró el General Comonfort comisionados por su parte á los generales D. Benito Quijano y D. Angel Trias, y á D. Manuel Siliceo; y el General Zuloaga nombró por la suya á D. Luis Osollo, D. Hilario Elguero y D. J. Piña. Estos comisionados se reunieron el 17 y el 18 en una casa de la calle de Tiburcio, llevando cada cual las instrucciones de los respectivos gefes de las fuerzas beligerantes. Propúsose por parte de Zuloaga, que Comonfort se separára del mando político y militar, y que él tambien lo haria. Por parte de Comonfort se propuso que se restableciesen las cosas al estado que tenian el 16

(\*) Despues de la muerte de Osollo, Miramon fué general en gefe del egercito, bajo el gobierno de Zuloaga.

de Diciembre, que él resignaría el mando en la persona á quien correspondía por ministerio de la ley, y que abandonaría la República, si era necesario para el restablecimiento de la paz. La propuesta de Zuloaga se reducía en sustancia á que se declarara el triunfo de la reaccion sin combatir, y Comonfort no podía consentir en ello. La propuesta de Comonfort era el restablecimiento del orden constitucional, y no era posible que lo aceptara el partido que se habia apoderado de la situacion desde el 11 de Enero. No hubo, pues, avenimiento; y los comisionados se separaron unos de otros para ir á dar á sus bandos respectivos la triste nueva de que era preciso encomendar la decision de la disputa al trance de las batallas.

La propuesta que hizo entonces Comonfort, de volver al orden constitucional, que él mismo habia abandonado aceptando el plan de Tacubaya, ha dado ocasion á que algunos le tachén de inconsecuente; pero examinando bien las circunstancias de aquel paso, se vé que no hubo en él sino consecuencia y firmeza de principios. Comonfort habia luchado siempre contra la reaccion, y se habia espresado contra ella, no solo durante su dictadura y bajo el orden constitucional, sino tambien al aceptar el plan de Tacubaya: antes de aceptarle, habia obtenido de los gefes que le habian proclamado, la promesa de que seguirian combatiendo á la reaccion para impedir que se entronizara un solo partido. No podia por consiguiente aceptar el triunfo de la reaccion, que era en sustancia lo

que sus enemigos le exigian; y esto no se le puede llevar á mal, ni mucho menos tacharselo de inconsecuencia, supuesto que obraba conforme á sus opiniones de siempre. Pero si no podia consentir en el triunfo de la reaccion, tampoco podia negarse á la exigencia de que resignara el mando, porque aquí se trataba de una cuestion personal, y no le estaba bien mostrarse interesado en ella, ni queria que su persona fuera un obstáculo para la paz que se buscaba. Mas como resignar el mando lisa y llanamente, equivalia á dejar dueños de la capital á sus enemigos, y á proclamar el triunfo de la reaccion, que era precisamente lo que no le permitian sus convicciones, sus propósitos y su conciencia, le fué preciso poner alguna condicion que le permitiera cumplir con el deber de retirarse, sin dejar por eso á la reaccion victoriosa. Esta condicion fué al restablecimiento del orden constitucional. Es verdad que le habia abandonado, pero tambien es verdad que no habia sido para pasarse á las filas de la reaccion, sino para combatirla mas facilmente. Es verdad que la constitucion le habia parecido impopular, pero mas impopular le habia parecido siempre la reaccion. La constitucion podia reformarse, y dejaba alguna esperanza para el orden; la reaccion no dejaba ninguna para la libertad. Quería, pues, al retirarse, dejar la situacion en manos de los poderes legales, y no en manos de los poderes reaccionarios. En esto no habia inconsecuencia, y mucho menos cuando él no se habia de quedar allí para gobernar con la constitucion restablecida, sino otros que acaso podrian ser mas afortunados en su empresa. Lo que á él le incumbia, era

oponerse al empeño que tomaron sus enemigos porque la reaccion quedara triunfante, y porque la causa liberal se diera por vencida.

“De este modo,” dice Comonfort,\* “levantaron ellos mismos en su contra la legalidad que se habia abandonado, y yo propuse volver á ella y entregar el poder supremo á la persona que la ley designaba, supuesto que destruido el plan de Tacubaya por sus mismos autores, y siendo ya patentes las tendencias reaccionarias del nuevo pronunciamiento, menos malo era volver al punto de partida. Me fijé en esto como base de toda transaccion, porque ya entonces se veia claro que si la República no habia aceptado bien la constitucion de 57 porque con ella no se podia establecer la libertad en bases sólidas, menos habia de aceptar el plan de la Ciudadela que entronizaba al despotismo. Con aquel plan no quedaba ninguna esperanza de libertad, mientras que con la constitucion no era imposible que se asegurase el orden, supuesto que podia ser reformada en buen sentido, una vez pasada la crisis y despreocupados los ánimos con los peligros de ella. No era pues una inconsecuencia en mí el querer en aquellos momentos, que el pais tuviera con la constitucion alguna esperanza, en lugar de entregarle en manos de la reaccion que le cerraba todas las puertas: y para que desapareciera hasta la menor sombra de interés personal, y que esto no sirviera de obstá-

\* En su Manifiesto.

“culo á un arreglo satisfactorio, no solo ofrecí resignar el poder, sino abandonar el pais.”

Perdida la esperanza de arreglar en paz las diferencias de los partidos, quedaba todavía la de disminuir los horrores de la guerra, que era ya inevitable; y Comonfort hizo con este fin nobles esfuerzos, que siempre harán honor á su memoria. Propuso primero, que las dos fuerzas beligerantes desocupáran la ciudad, y que se situáran fuera de un radio de siete leguas, para no esponer á la poblacion á los horrores de la guerra civil.—“Espero, decia á sus comisionados con fecha 18, que Vds. comprendiendo el sentimiento de humanidad que me hace darles esta instruccion, se empeñarán muy vivamente en que se acepte, para obtener que los vecinos pacíficos, el comercio nacional y extranjero, y los intereses respetables de la sociedad, sufran lo menos posible en estas circunstancias desgraciadas, reduciendo así á solo la fuerza armada el resultado de las hostilidades.”

Los comisionados cumplieron con la recomendacion que el General les hacia, pero nada lograron: los pronunciados dijeron que no querian sacrificar á un espíritu caballeresco las ventajas que tenian con las posiciones que ocupaban en la ciudad.

Propuso despues Comonfort, á consecuencia de una solicitud del Ayuntamiento, que se declaráran neutrales la cárcel de la Acordada, el presidio de Santiago, los hospi-

tales de San Juan de Dios y de San Pablo, y el panteon de Santa Paula; los dos primeros para custodiar debidamente á los presos de la ciudad, el tercero y cuarto para curar á los heridos de ambas partes, y el último para sepultar á los que murieran. Comonfort encargó á sus comisionados que tomáran empeño por que las fuerzas pronunciadas accedieran á esta pretension de humanidad, recabando de ellas un artículo espreso sobre este punto: ellos cumplieron su deber, pero sus esfuerzos fueron inútiles. "Yo, dice Comonfort,\* no podia hacer mas, y ellos no podian hacer menos, en favor de la humanidad affigida y de la sociedad escandalizada."

A pesar de estos hechos, los enemigos de Comonfort le pintaron despues como un monstruo, que veia no solo con indiferencia sino con placer los horrores de la lucha, y le hicieron responsable de la sangre vertida en ella. La historia debe conservar un documento que responde victoriosamente á estas acusaciones: es la comunicacion en que los comisionados de Comonfort le dieron cuenta del encargo que les habia confiado. Dice así:

"EXMO. SR.—Cumpliendo con las instrucciones, tan humanitarias como ilustradas, que V. E. tuvo á bien darnos en su comunicacion fecha de hoy, procuramos en las dos diversas últimas conferencias que hemos tenido con los comisionados de las fuerzas que manda el Sr. D. Felix

\* En el citado Manifiesto.

Zuloaga, obtener, ya que no era posible un arreglo justo y conveniente para la paz de la República, que por lo menos se evacuase la ciudad por ambas fuerzas beligerantes, para que cesase el conflicto de sus pacíficos habitantes, y fuera de ella las armas decidiesen las diferencias. Nuestro empeño fué enteramente inútil: el enemigo insiste en conservarse en sus posiciones. V. E. y nosotros hemos cumplido con nuestro deber; y de la sangre y de los horrores que origine una guerra fratricida, no seremos responsables ni V. E. ni nosotros ante Dios y ante la patria. Tenemos igualmente el sentimiento de poner en conocimiento de V. E., que á pesar de sus deseos, que le harán siempre honor, de que se conservasen como puntos neutrales las prisiones de la Acordada y de Santiago, los hospitales de S. Juan de Dios y de S. Pablo, y el Panteon de Santa Paula, los comisionados no consintieron sino en la neutralidad de estos dos últimos puntos, con razones que serán mas ó menos plausibles estratéjicamente consideradas, pero que humanitaria y socialmente no pueden tener valor alguno. Hemos dado punto, Sr. Exmo., á nuestra tan delicada como difícil comision. V. E. vé que por desgracia nada hemos adelantando en favor de esta nuestra desgraciada patria; pero V. E. esté seguro de que hemos hecho todos los esfuerzos que se hallaban en nuestra pobre capacidad para conseguirlo. Reiteramos á V. E. nuestra gratitud por la confianza con que se sirvió honrarnos, y le protestamos nuestros respetos y cordiales consideraciones. Dios y Libertad. Méjico, Enero 18 de 1858. B. QUIJANO—ANGEL TRÍAS—M. SILICEO. EXMO.